



ACCION

SOCIALISTA

Boletín Interior del Grupo Departamental del Sena del U. S. C. 1



Antonio Díez

Francisco Largo Caballero en la cárcel de Madrid el 1936

por Juan Jiménez

CENTENARIO de Francisco LARGO CABALLERO

15 de Octubre

1869 - 1969

E D I

EDITORIAL

No diremos que en estos momentos estamos viviendo el crepúsculo de los dioses, porque jamás un ápice de divinidad barnizó la dura y escamosa epidermis de los malhechores que durante más de tres larguísimo decenios han mantenido su predominio en España por el terror y la corrupción.

Que los señoritos del Opus Dei, con untuosas maneras, vayan eliminando las grasas prebendas de los viejos pistoleros de la sangrienta y grotesca Falange, no quiere decir que estén dominados por fuerzas moralizadoras, sino que la chulesca ladronera que era el Estado francofalangista tenía que dar paso a métodos más modernos y eficaces de latrocinio, además de que "no es menester el traidor siendo la traición pasada..."

Los devotos opusdeistas liquidan a los comiliones de ayer en beneficio exclusivo de sus propias y amplias tragaderas e intentan asegurar el porvenir de sus abisales estómagos construyendo un trono con los más viejos materiales de la reacción para un príncipe idealmente tonto.

La aventura "imperial" de los falangistas, como la aventura "mística" de los opusdeistas ha desembocado en el triunfo provisional de los tecnócratas ...de la más clásica y lamentable picaresca. Navajeo en la sombra entre tahures es lo que caracteriza la actual crisis española, la larga y lenta transición que vivimos hacia no sabemos qué soluciones políticas.

Esa dramática interrogante cernida sobre España, si materialmente no constituye un inri para los ineficaces demócratas, si remacha el fracaso de sus especulaciones en el vacío.

Con singular paralelismo se han ido muriendo políticamente las dos Españas, sin posible relevo la una, con relevo insuficiente la otra.

Las banderas de la libertad siguen plegadas. De tanto en tanto ondean intrépidas en alguna fábrica o taller, o ante los tribunales represivos, para volverse a plegar y quedar al acecho de otro momento favorable, que llegará cuando los trabajadores bien informados y mejor representados, sean capaces de producir vendavales purificadores.

Interrogante cernida sobre un pueblo amorfo que intenta disimular su patética resignación, su aceptada desventura con aires falsamente cínicos y para quien el puntillo de honor, no digamos el honor, es lujo inalcanzable ante la chlería triunfalista; pueblo gobernado ahora por una mafia seudoreligiosa cuyo camino de Damasco no lleva ni a Jerusalen ni a Roma, sino a Ginebra, la Ginebra de la banca internacional y no la de Calvino.

El fabuloso despliegue heroico de un puñado de trabajadores que cimentan con su sacrificio, ignorado por unos y reprimido por otros, la España futura, es la sola ventana abierta a la esperanza.

Dentro, represión, corrupción, resignación y un puñado de héroes frecuentemente mártires. Fuera, ceguera y mediocridad.

No, no es ni puede ser este momento el crepúsculo de los dioses. No había dioses, aunque sobren endiosados.

Dentro de ese marco estrechísimo, ante un horizonte incierto, los pies entre los escombros, pues nunca fue buen mortero el terror por un lado y el lirismo intranscendente por otro, se nos echa encima, abrumándonos, el Centenario del nacimiento de Francisco Largo Cabalero.

Su cadáver sigue arrojado por tierra extraña aun-

que empapada en sangre de precursores.

Tres decenios de brega y una interrogante cernida. Los restos de Francisco Largo Caballero en el cementerio del Père Lachaise. No hay síntesis más elocuente de la triste situación actual.

Cien años corrieron desde el día de su nacimiento en familia pobrísima y deshecha. Dos o tres años de escuela primaria y a ganarse la vida, azotado cruelmente por ella, con el solo consuelo del amor entrañable que unía a la madre y al niño. Hasta que el eco de un cortejo del Primero de Mayo le abriera las puertas de un mundo nuevo.

Su Universidad fue el tajo y la Casa del Pueblo. No fue un teórico, sino un hombre de acción. Todo lo contrario del revolucionario erudito y teorizante a quien amedrantan hasta los balbuceos de una insurgencia, o del revolucionario de gesto tremebundo que sesteaba o declama en espera del Gran Día que de una barricada sucia, desnuda y pura, una sociedad fraterna y armoniosa.

Francisco Largo Caballero fue un revolucionario en cada minuto de su fecunda existencia. Lo era con la misma intensidad administrando rigurosa y eficazmente una cooperativa o una mutualidad, en los escaños del municipio, de la diputación o del Parlamento, en el Ministerio del trabajo o en la Presidencia del Consejo de Ministros construyendo un Estado con escombros.

El heroísmo revolucionario que dura un parpadeo está al alcance de cualquiera, serlo todos los días es más difícil. Caballero lo fue todos los días, en el penal de Cartagena o en la cárcel de Madrid; en la O.I.T. o en la Internacional Obrera; en el frente de la Sierra como en el Consejo de Estado; en la secretaría del sindicato de la construcción, en la presidencia de la Agrupación Socialista madrileña, como en la suprema dirección de la U.G.T. y del P.S.O.E.; en la cárcel

de Limoges como en el Campo de concentración de Oranienburgo.

Esos son los hitos de la vida azarosa de un revolucionario ejemplar, de un hombre cincelado por la Unión y el Partido.

Le llamábamos cariñosamente "el Viejo", quizás por ser el más joven de todos nosotros. De pocos hombres maduros se ha dicho que murieron prematuramente.

La muerte de Caballero fue prematura, sobre todo por que dentro de la campana neumática del destierro, nadie, ni individual ni colectivamente, podía reemplazarlo.

Francisco Largo Caballero, además de su fina sagacidad, su dilatada experiencia, su gran sensibilidad, nos legó un temperamento.

Un hombre sin temperamento, sin carácter, por muy rico que sea su bagaje intelectual, por muy brillante que sea su ingenio, será nefasto para cualquier colectividad si esta se empecina en mantenerlo como hombre representativo. Las organizaciones necesitan, como las naves, un buen piloto y no un mascarón de proa sin más utilidad que ser susto de primarios o admiración de bobalicones.

Ese carácter, ese temperamento de Caballero lo continuará la clase obrera española si vuelve a encontrar los caminos de la esperanza que encontró Francisco Largo Caballero en sus primeros años al llegarle el eco del gallardo desafío que entonces suponía un cortejo obrero en un Primero de Mayo.

Los Grupos Departamentales del Sena del P.S.O.E., de la U.G.T. y de las J.J.SS., por deprimente que sea el panorama, por lamentables y significativos que sean los olvidos, no podían dejar pasar tan importante efemérides sin rendir homenaje de respeto, de admiración y gratitud al gigantesco líder obrero que militó en su seno los últimos meses de su singular vida.

¡Eterna memoria al nombre de
Francisco Largo Caballero!

P A L A B R A S de Francisco LARGO CABALLERO

La conquista del Poder

...Hemos contribuido a esa transformación para hacer un Código jurídico en nuestro país que nos permita llegar a nuestras aspiraciones sin grandes violencias, sin grandes derramamientos de sangre. Las queremos lograr legalmente, si es posible; pero si estos señores nos dicen que por ser obreros, por ser socialistas, por ser un partido de clase, no podemos gobernar, nos echan fuera de la Constitución, nos echan fuera de las leyes, y no nos permiten conquistar el Poder con arreglo a la Constitución y con arreglo a las leyes, tendremos que conquistarlo de otra manera.

-oOo-

Para evitar el fascismo

...Nuestro pequeño pueblo, este pueblo acusado de ignorante y analfabeto, pero de una sensibilidad que no tienen otros pueblos, ha dicho, y dicen sus organizaciones conscientes, que no tolerará impunemente -podrá ser arrastrado, podrá ser reducido, podrá ser humillado, todo lo que querais-, que no tolerará pacientemente y sin ninguna reacción en contra la implantación de un sistema como el de Alemania para que se pueda perseguir a nuestras organizaciones y hacer con los hombres del Partido y de la Unión lo que se está haciendo allí.

-oOo-

1 9 3 6

...Concertados el caciquismo, el clero y una pandilla de militares, han promovido la guerra. ¿Por qué? La República se había establecido sin violencias, después de un triunfo electoral que el mismo monarca interpretó como el triunfo de la República. Ni al rey ni a los monárquicos se les persiguió como se demuestra por su intervención en la vida política. Los militares siguieron disfrutando de sus privilegios. La oposición a la República tenía su origen, más que en lo hecho, en el temor de lo que podía hacer. Hasta la legislación social fue aceptada de derecho, pero no de hecho. Incluso con los sublevados del 10 de agosto fue generosa la República? ¿Para qué entonces la sublevación de 1936. La verdad es que la sublevación se produjo fracasando los cálculos de la mayoría de uno y otro campo sobre su duración. Los militares creyeron en rápido triunfo y el Gobierno soñó con un fracaso inmediato de los militares. Ninguno contó, como no habían contado nunca, con el pueblo que estaba dispuesto a luchar contra el fascismo.

-oOo-

La crisis de mayo de 1937

...¿Por qué se ha hecho esa campaña? (la emprendida por los comunistas y comunistoides contra él). ¿Sabéis por qué? Porque Largo Caballero no ha querido ser agente de ciertos elementos que estaban en nuestro país y porque ha defendido la soberanía nacional en el orden militar, en el orden político y en el orden social. Y cuando esos elementos comprendieron, bien tarde por cierto, que Largo Caballero no podía ser un agente de ellos, se emprendió la campaña contra mí.

Yo afirmo aquí que hasta poco antes de iniciarse la campaña se me ofreció cuanto hay que ofre-

cer a un hombre que pueda tener ambiciones y vanidades. Pero había de ser a condición de que yo hiciera la política que ellos quisieran. Y yo dije: de ninguna manera.

Decía que tarde me conocieron. Podían haber comprendido desde el primer momento que Largo Caballero no tiene temperamento ni madera de traidor para nadie. Me negué rotundamente, hasta el extremo de que en alguna ocasión, en mi despacho de la presidencia del Consejo de Ministros, tuve escenas violentísimas con personas representativas de algún país (alusión al embajador soviético), que tenía el deber de tener más discreción y no la tenía, y yo les dije, delante de algún agente suyo, que por cierto desempeñaba entonces cartera de ministro (alusión a Alvarez del Vayo), que Largo Caballero no toleraba ingerencias de ninguna clase en nuestra vida interna, en nuestra política nacional.

...Mis campañas pugnando por la unificación del proletariado, necesidad motivada en mí por profunda asimilación de los principios marxistas, debieron ser interpretadas por los estalinianos como predisposición a aceptar el papel de agente de Moscú, creyeron que tenía la misma contextura moral de un Alvarez del Vayo, de un Negrin, de un Lamonedá, de un Gonzalez Peña y de otros muchos... Sin duda debieron creer en Moscú que yo tenía alma de Judas y estuvieron bregando cerca de nueve meses para captarme y cuando se convencieron de que yo era un socialista, decidieron echarme por la borda. Durante esos nueve meses mi Gobierno era el de la victoria, cuando chocaron con la roca de granito, es decir, cuando fracasaron en sus intentos de corrupción, mi Gobierno era el de la derrota...

-oOo-

Caballero y el marxismo

Como socialistas marxistas estamos obligados, por muy brutal que sea la fuerza con que se desarrollen los acontecimientos nacionales o internacionales, a seguir trabajando hasta hacer desaparecer las causas de ese vandalismo ilustrado que destruye prácticamente toda la civilización y cultura acumuladas con el trabajo intelectual y material de varias generaciones. Por muy cultos y fuertes que seamos no lograremos desterrar esas contradicciones económicas y sociales si no se transforma el régimen de propiedad individual en otro de propiedad común; es decir, el régimen capitalista e individualista en uno socialista; pero socialista verdad, no como el estaliniano que no es más que una dictadura contra el pueblo ruso, o como el de Negrin que representa la degeneración moral. Hay que transformar la propiedad individual de los medios de producción y de cambio en propiedad social, colectiva.

Mientras esto no se realice, ya podemos intentar todos los sistemas políticos y sociales que se nos ocurran, ya sean dictaduras o democracias políticas. Si no existe una verdadera democracia social y económica se renovarán constantemente los Hitler, Stalin y Mussolini. Estos dictadores han surgido y surgirán otros parecidos en tanto subsista el régimen capitalista. Ahí está, a mi juicio, el verdadero origen de todas las luchas individuales y colectivas: en el afán de conseguir la hegemonía económica y social, con la que se tiene la hegemonía en todos los demás órdenes. Por lo tanto, no creo que exista motivo para dudar de la permanencia incólume de nuestros principios fundamentales, por los cuales venimos luchando toda nuestra vida: la transformación de este régimen por otro basado en nuestros postulados de socialistas marxistas.

Siendo España el país más analfabeto de Europa, se da la paradoja de tener una clase obrera con más sentimiento de clase que ninguna otra. ¿Cómo se explica esto? Pues por tener una clase patronal más inculta, más grosera y más inhumana que ningún otro país. La mayoría de los españoles no conocen en teoría el principio de la lucha de clases, pero la experiencia les ha enseñado, a fuerza de dolores, que las teorías marxistas no son simple palabrería, sino una realidad viva.

-oOo-

Unidad obrera

...Todas las indicaciones hechas en los párrafos anteriores (sobre lo que debemos hacer en el futuro), como las que seguramente harán ampliándolas y mejorándolas otros, quedarán en simples platonismos, sin ninguna realidad, si los trabajadores españoles no se deciden con ardor y lealtad a resolver otro problema previo: su unión en una sola entidad. Su absurda división en dos o más organismos les ha proporcionado muchos descalabros; a ellos y al país entero. Su unificación en un solo organismo facilitaría la reconstrucción de España, moral y materialmente. Tienen que abandonar su mesianismo y darse cuenta del valor de su fuerza constructiva. Han de ser ellos y no sus adversarios los que han de constituir la clave para el levantamiento de una España nueva. La guerra ha probado de manera que no deja lugar a dudas, que los intereses de los trabajadores son unos e indivisibles y que su defensa es compatible con la defensa de los intereses nacionales. Además, el contacto ha borrado muchos prejuicios de carácter personal que existían. ¿Qué puede motivar la división? ¿La cuestión de táctica? Las

discrepancias acerca de este asunto existen y seguirán existiendo dentro de cada una de las organizaciones aunque estén separadas. ¿Por qué temerlas cuando estén en una sola? Del mismo modo que hoy se resuelven los problemas por mayoría, de la misma manera se resolverán luego; ahora debe someterse la minoría y habrá de someterse después.

La organización obrera debe ser disciplinada, enérgica, pero flexible, comprensiva, independiente. No permitirá ingerencias extrañas, ni de dentro ni de fuera. Decidirá libremente si ha de pertenecer a la Internacional, pero jamás debe tolerar, en totalidad o en parte, se ponga al servicio de consignas u órdenes de gobiernos extranjeros. Su organización, su táctica y su política deben ser eminentemente nacionales, con arreglo a la mentalidad nacional. En una palabra, la clase obrera española debe hacer una política propia, no impuesta por nadie.

-oOo-

Un criterio poco conocido de Francisco Largo Caballero

AUTONOMÍAS REGIONALES

La Constitución española proclamada el 14 de abril de 1932, ha envejecido después de la guerra mundial y se impone la promulgación de otro Código fundamental del Estado que corresponda a las esperanzas de transformación social, en aras de la cual dieron sus vidas millones de hombres en la última hecatombe.

Opino que para incorporar a la mayoría de los españoles a la obra inmensa de reconstrucción nacional, es necesaria una transformación radical de la división territorial político-administrativa, sustituyendo la provincia por la región: Cataluña, Castilla, Vasconia, Aragón, Extremadura, Andalucía, Levante, etc., con amplia autonomía económico-administrativa de regiones y municipios, concediéndoles bienes en usufructo,

estableciendo conciertos económicos entre municipios y regiones, y entre éstas y el Estado; fijando contingentes justos de común acuerdo. Además, libertad de mancomunarse regiones o municipios para obras de interés común, como también del libre uso del idioma, excepto en las relaciones oficiales en las que será obligatorio el castellano.

El régimen provincial no satisface ningún deseo ni aspiración del pueblo español; es una caricatura de los departamentos franceses. El regional es un anhelo de la mayoría de los españoles y está más arraigado en sus sentimientos por las costumbres, idiomas y tradición.

El regionalismo, lealmente practicado y respetado, indefectiblemente, servirá de impulsor al desarrollo económico e intelectual del país y, por consiguiente, estrechará los lazos de unión y patriotismo que deben existir entre todos los pueblos de España.

Un régimen llamado democrático, sin autonomía regional y municipal, representa, a juicio mio, un esqueleto sin músculos, sin nervios y sin órganos de los sentidos; es un cuerpo inerte.

Debe darse a la palabra democracia un contenido real, positivo. Hay que libertarla de la falsa política y del ambiente demagógico en donde la han encerrado, para airearla con la verdadera libertad y hacer de ella una realidad sin ficciones.

La descentralización económico-administrativa será el acicate del interés local para el desarrollo de las economías municipales y regionales y, como consecuencia, el de la nación entera.

La libertad del uso del idioma en vez de ser un peligro para la unidad nacional, como temen algunos, borrará la prevención contra el Poder central y existirá mayor compenetración entre todos los órganos del Estado.

Deberán constituirse, elegidas por sufragio directo, secreto y universal las Asambleas siguientes: Nacional, Regionales y Municipales.

La Asamblea nacional elegirá el Presidente del Consejo nacional y éste propondrá los consejeros que han de colaborar con él en la dirección y administración del Estado. Las Asambleas regionales y municipales elegirán libremente los Consejos Administrativos y sus Presidentes.

Lo indicado implica la supresión del cargo de Presidente de la República. Lo considero innecesario y perjudicial. Salvo excepciones, no hacen de poder moderador, sino de saboteadores de la normal función política y administrativa de los Gobiernos, y tienen más en cuenta sus intereses de partido que los generales. Además existe el peligro de que, por enemistad personal o incompatibilidad política, no escojan para formar Gobierno, los hombres capaces y de reconocida moralidad, sino, a estilo Alcalá Zamora, entregue el Poder a los enemigos de la República.

La soberanía del pueblo está representada por la Asamblea nacional y ésta debe elegir y fiscalizar al Consejo nacional que, según indico, sustituye al llamado hoy Gobierno.

-oOo-



EL BUEN SOCIALISTA

por Francisco Largo Caballero

El buen socialista abraza y defiende sus ideas no sólo por sentimiento y espíritu de protesta contra las injusticias sociales, sino por reflexión y convencimiento profundo, lo que vigoriza su espíritu de abnegación y sacrificio para soportar, estóicamente los atropellos e injusticias del régimen actual, y fortalecer su voluntad a fin de hacer frente y vencer las innumerables dificultades y obstáculos que le salen al paso en la lucha política de todos los días.

El buen socialista tiene noción exacta del cumplimiento del deber en el Partido, Sindicato, taller, obra y oficina.

El buen socialista no defiende sus ideas a base de injurias, calumnias ni ofensas personales contra el adversario político; es comprensivo y tolerante con las ideas ajenas, ya sean políticas, económicas, filosóficas o religiosas, y observa con él relaciones correctas, sin debilitar ni ceder, por ello en sus convicciones.

El buen socialista no es vengativo sino justiciero.

El buen socialista no es versátil, sino consecuente, porque antes de realizar sus actos los medita y los reflexiona.

El buen socialista sabe diferenciar los fines que persigue el socialismo y otras comuniones políticas, filosóficas y religiosas y tiene el convencimiento que es el llamado a realizar la transformación del régimen capitalista en otro de verdadera democracia económica y social, y que sin ésta no es posible la democracia política.

El buen socialista no es un fanático que se aferra al todo o nada; tiene flexibilidad mental y de espíritu para adaptarse a las imposiciones de la realidad, siempre en favor de los trabajadores y de su país, sin claudicar por ello de los principios socialistas.

El buen socialista no es infalible, se equivoca como todos los hombres, pero reconoce su error y lo rectifica sin sufrir mortificación alguna de su amor propio.

El buen socialista observa en todo momento una conducta moral en su vida privada o pública en armonía con las ideas que profesa, y da prestigio a su persona y a su Partido.

El buen socialista es enemigo de la guerra porque ésta destruye la civilización, realiza la selección al revés y es el agente más eficaz de desmoralización de la humanidad.

El buen socialista no propugna la violencia como sistema, prefiere la actuación legal, pacífica, pero al mismo tiempo sabe que debe estar siempre dispuesto a luchar contra el fascismo cualesquiera que sean sus manifestaciones y color, y sacrificar, si es necesario, su libertad, su vida hasta vencerle.

El buen socialista respeta y admira a los correligionarios que, por sus condiciones excepcionales, se distinguen en la defensa de los intereses de la clase obrera, pero no se suma a ninguna bandería ni hipoteca su opinión, sino que examina, analiza los problemas y resuelve con absoluta independencia de criterio.

El buen socialista comprende que la gran transformación social a que aspira no puede realizarse súbitamente, por un golpe de mano, sino por etapas, por revolución progresiva y que su deber es impulsar esa evolución con perseverancia e inteligentemente, y apresurar el momento de su completa emancipación.

El buen socialista es respetuoso y tolerante con el criterio ajeno y evita las intemperancias que puedan hacerle antipático a él y al Partido donde está afiliado.

El buen socialista no habla, ni escribe para halagar a la clase obrera, sino para convencerla, exponiéndole la verdad aunque no le guste.



El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.

El buen gobierno no es un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir otros fines. El buen gobierno es el que permite que la sociedad funcione de manera eficiente y que los ciudadanos puedan ejercer sus derechos y deberes de manera responsable.



con m
ideas
ono
ética
digi
do s
él s
tal
dere
psic
do,
acti
civi
el d
yénd
ley
resp
tes
cuam
no,
hay
do u
Espa
ha h
por
sola

B O S Q U E J O

por L U I S A R A Q U I S T A I N

Como Pablo Iglesias, como en todos los temperamentos con misión de fundadores, de creadores de cosas, para quienes las ideas no son simples juegos mentales, sino fuerzas en movimiento, o no son nada, lo característico de Largo Caballero es la pasión ética, la acción por la justicia, por el bien de los más.

No conozco un hombre en quien se equilibren tan prodigiosamente un auténtico temperamento revolucionario y un profundo sentimiento del derecho positivo. Gran intuitivo de la Historia, él sabe que el progreso no es uniforme, sino que su dialéctica vital va unas veces, por la revolución, al derecho, y otras, por el derecho, a la revolución. Muchos que no comprenden su complejidad psicológica se lo figuran lleno de contradicciones íntimas cuando, creyéndole nada más que un oportunista, le ven tomar una actitud revolucionaria, como recientemente al anunciar la guerra civil si se disolvían las Cortes Constituyentes antes de cumplir el destino que les impone la propia Constitución; o cuando, creyéndole un revolucionario, se erige en defensor inexorable de la ley vigente. No hay contradicción en esas actitudes. Simplemente, responden a dos momentos distintos, y son las dos mitades integrantes del verdadero político: revolucionario por todos los medios, cuando hay que conquistar un derecho legítimo, y hombre de gobierno, legalista a ultranza, por todos los medios también, cuando hay que defender y desarrollar un derecho conquistado.

Dramática paradoja la de este hombre singular que, siendo uno de los temperamentos más revolucionarios que ha producido España, ha tenido el destino histórico de ser la fuerza que más ha hecho por conservar y consolidar la República, precisamente por su imparcialidad en la ejecución de las leyes, por su acrisolada lealtad a un deber de hombre de Estado.

LARGO CABALLERO Y LA REPUBLICA

palabras de Indalecio P R I E T O

Sin exageración afirmo, por primera vez en público, que Francisco Largo Caballero fue el principal factor en el advenimiento de la República. ¿Por qué? Os lo voy a decir de modo muy sumario.

Yo concurrí, sin representación del Partido, a título de observador, como ahora se dice en términos diplomáticos, a la reunión de San Sebastián, donde en agosto de 1930, se convinieron ciertas condiciones que que dieron en llamarse el "Pacto de San Sebastián", pacto que jamás ha tenido expresión escrita. Recibí el encargo de los allí congregados de persuadir a Caballero para que colaborase en los trabajos de conspiración para derribar a la Monarquía. Encargo igual con respecto a Julián Besteiro se le dió a Alvaro de Albornoz, quien avistóse con Besteiro en Sigüenza, donde aquel querido correligionario veraneaba. Yo ví a Caballero en su casa de Madrid. Sorprendióme -¿a qué ocultarlo?- la decisión con que Caballero acogió el empeño. En tanto que -la justicia obliga a decirlo- Alvaro de Albornoz no obtuvo resultados iguales con Besteiro, que se mostraba escéptico respecto a las posibilidades de derrocar a la Monarquía, yo no hallé en Caballero ni resistencia ni salvedades. Y cuando hubimos de reunirnos las Ejecutivas de la U.G.T. y del Partido Socialista para examinar el problema, Largo Caballero definió su actitud con sencillez y acierto extraordinarios. "Creo en la posibilidad de la República -vino a decir en síntesis- y, desde luego, me adhiero a cuantos trabajos se realicen para conseguir derribar al régimen monárquico". Hubo adhesiones menos entusiastas, pero, al fin, se llegó al acuerdo, y entonces, como representantes de aquellas colectividades, singularmente del Partido, a quien siempre corresponde la acción política, fuimos designados para formar parte del Comité revolucionario que después se convirtió en Gobierno provisional de la República, Largo Caballero, Fernando de los Rios y yo. La República no hubiera sido posible sin la cooperación de nuestro Partido y esta cooperación habría sido difícil sin el concurso de Caballero.

.

Bien están las cenizas de Largo Caballero, nuestro amigo, hermano y maestro, en el cementerio del Père Lachaise, aunque todos tengamos ansia de darle sepultura en tierra patria; mas no seamos egoistas. Caballero era un español, un hombre de España; pero, por su talla era una figura más amplia, era un hombre de Europa, un hombre del mundo entero, un guía del proletariado universal.

-oOo-

UN SEÑOR DEL SOCIALISMO

por Daniel MAYER

Largo Caballero era un aristócrata del espíritu, un señor del Socialismo, de una vigorosa personalidad y de una nobleza de sentimientos incomparable. Cuantas veces hemos tenido la oportunidad de entrevistarnos con él nos hemos sentido subyugados por su firmeza, su persuasión, su simplicidad.

Largo Caballero ha sufrido lo indecible. Su estancia en nuestro país constituye un verdadero calvario. Fué vejado, perseguido por la Gestapo alemana y por la policía de Vichy hasta tal extremo que podemos afirmar que Largo Caballero regresó muerto a Francia tras los terribles sufrimientos que le fueron inflingidos en el campo de concentración de Oraniemburgo.

Cuando España sea al fin liberada del yugo que la oprime y los socialistas españoles vengán a buscar estas cenizas sagradas a Paris, los socialistas franceses les acompañarán con la misma sincera solidaridad que ahora para rendirle el último homenaje sobre el suelo de nuestra patria.

-oOo-

Ante la muerte de Francisco Largo Caballero
el líder más prestigioso de Francia desgra-
na sus recuerdos.

Un viejo luchador se va...

por Leon JOUHAUX

LARGO CABALLERO ha muerto. Fue de aquellos cuya vida constituye un ejemplo de fidelidad y de abnegación a nuestro ideal de emancipación social. Se puede asegurar que Largo Caballero no conoció jamás una hora de desfallecimiento, incluso en los peores momentos de la adversidad.

Para mí es un viejo amigo que desaparece. Fue en 1911 cuando, por primera vez, encontré en Madrid a Largo Caballero. Joven secretario de la C.G.T., fui delegado al Congreso de la Unión General de Trabajadores. Debía también participar en algunas manifestaciones de protesta popular contra el régimen de terror que la monarquía había establecido contra el proletariado español. Caballero acababa de salir de la cárcel y, sin vana ostentación, había vuelto a su puesto de militante al frente de la Federación de obreros de la construcción. Lo encontré con Vicente Barrio, en aquel momento secretario de la U.G.T., y recuerdo la amarga reflexión que me hizo respecto a la opinión que los extranjeros tenían de España vista a través de los espectáculos, bailes y corridas que, para ellos, constituía lo esencial de un país, no obstante tan bello y valiente. "No, eso, no es España; es necesario romper con esta tradición grotesca y sangrienta, es necesario llevar a nuestro país a la libertad y a la independencia".

Y a esta idea dedicó su vida; toda su acción tendió a instaurar la libertad en España. Es cierto que nunca separó la democracia social de la democracia política, y si estaba por la liberación de su país de todas las fuerzas obscurantistas, de toda corrupción caciquil, estaba también y apasionadamente por la emancipación del trabajo. Para cumplir esta tarea fue secretario general de la U.G.T.

Ayuntamiento de Madrid

La guerra de 1914-1918 nos separó, no permitiéndonos sino raras y espaciadas relaciones epistolares. Conocía por sus cartas su simpatía por los esfuerzos que realizábamos para resistir al imperialismo militar germánico. Sabía que, en la medida de sus posibilidades contrarestabla la propaganda que los reaccionarios españoles hacían en favor de la victoria de Guillermo II y de su banda de junkers, semejantes a los nobles españoles.

Nos volvimos a encontrar después de la derrota del germanismo, en 1919, para reconstituir la Internacional Obrera y para fundar la Oficina Internacional del Trabajo. Estuvimos asociados en el mismo esfuerzo de liberación de los trabajadores y de construcción de una paz segura y durable.

Recuerdo a Caballero subiendo a la tribuna de las Conferencias Internacionales del Trabajo para apoyar con su dialéctica apretada y potentemente demostrativa, mis protestas anuales contra el usurpador fascista en Italia. Juntos hemos defendido el derecho imprescriptible de los trabajadores a la libertad sindical; y si no pudimos obtener entera satisfacción de esas Conferencias oficiales y demasiado influenciadas por las costumbres diplomáticas, minamos al fascismo y levantamos contra él la unanimidad de los trabajadores y de las personas honestas del mundo entero.

Más tarde encontré a Caballero en la cárcel de Madrid, pagando con su libertad como en 1911, como en 1916, 1917, su acción en favor de la República, cuyo advenimiento debía celebrarse unos meses después, en 1931. De esta República, fue el primer Ministro del Trabajo y como tal quiso recibir, en nombre de España republicana, a la Federación Sindical Internacional, de cuyo Comité ejecutivo era miembro.

Durante los primeros meses de la guerra civil -de la guerra legítima que los republicanos hicieron contra los fascistas facciosos- encontré de nuevo a Caballero en Madrid. Le ví subir tranquilo y sereno, a las líneas de fuego para reconfortar moralmente a sus compañeros quienes, mal armados, mal ravituallados combatía con una valentía intrépida y una voluntad inflexible por la libertad. Después lo vi en Valencia. Había ido yo a esta

Ayuntamiento de Madrid

ciudad para intentar constituir la unidad obrera, indispensable para mi, en este periodo tan crítico para la República y para el pueblo español. Encontré a Caballero enfermo, en la cama, y si no obtuve lo que buscaba, al menos marché con la certidumbre que, cualesquiera que fueran los arreglos políticos y sindicales, Caballero seguiría en su puesto de combatiente y de consejero sagaz y escuchado.

Y ante la derrota de los republicanos españoles, derrota a la cual las democracias del mundo entero asistieron impasibles y en posición de en su lugar descanso, mientras Mussolini e Hitler aportaban su concurso armado a Franco, Largo Caballero volvió a los caminos del destierro y vino a Francia creyendo encontrar asilo y libertad. Pero estalló la guerra. Hitler invadió nuestro país, un gobierno de traición usurpó el poder, y Caballero como Breitscheid y Hilferding, como tantos otros, fueron entregados a los nazis. No obstante, un tribunal de Limoges había denegado la demanda de extradición de Franco. Caballero, puesto en libertad, fué, cruel ironía, colocado en residencia forzosa y después internado en Vals-les-Bains. Allí fue donde lo vi por última vez antes de mi marcha hacia Alemania. No podía pensar, en aquellos momentos, que él también sería internado en el infierno nazi. Esta última detención precipitó su fin.

Ya no existe, después de haber librado su última batalla en la clínica, contra la muerte, pues su suprema esperanza, la más tenaz era volver a ver su país al fin libre.

Bella y noble vida,

León J O U H A U X

A G O N I A

por Arsenio JIMENO

El más rico patrimonio moral del siglo está en manos del Socialismo y del Pueblo español.

Dos almas gigantes cas lo han amasado: Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero.

Nuestro Maestro vive en nosotros desde hace veinte años.

Francisco LARGO CABALLERO agoniza en el momento que trazo estas líneas. No tengo por qué ocultar que corren mis lágrimas con más diligencia que mi pluma. Ver cómo se nos va cuando apenas lo habíamos milagrosamente recuperado, es rudo golpe. Rudeza que conmoverá también hasta la entraña de España. De nuestra pobre España, que pierde su mejor paladín en su más crítico momento. ¡Cómo no ha de conmovernos a nosotros! Nosotros, sus discípulos; nosotros, los socialistas españoles. No tardará por tremenda decisión de aciago destino, el que las dos almas más puras y enterizas vivan en nosotros, en todos nosotros.

Cuando un espadón hacía jirones la dignidad hispánica, murió el Maestro. Mientras otro espadón deshonor y sangra a España, se nos va el otro. Nos quedan las enseñanzas de ambos y, sobre todo, el ejemplo. Buen patrimonio. Grave responsabilidad. Hemos de aumentarlo y mejorarlo, si es posible. No cae en nuestras manos para dilapidarlo. Es probable que el espinoso y rudo camino que nos aguarda haga, en ocasiones, vacilar nuestro ánimo, ablandar nuestra decisión, incierto nuestro caminar...

Mucho y muy agudo es nuestro dolor, pero no tenemos miedo. Miramos hacia adelante y las lágrimas nos desdibujan la perspectiva. El llorar es de hombres. Hombres llorando lágrimas viriles ante la lucha contra la Muerte del más viril de entre nosotros.

Francisco Largo Caballero no ha cedido nunca, no ha

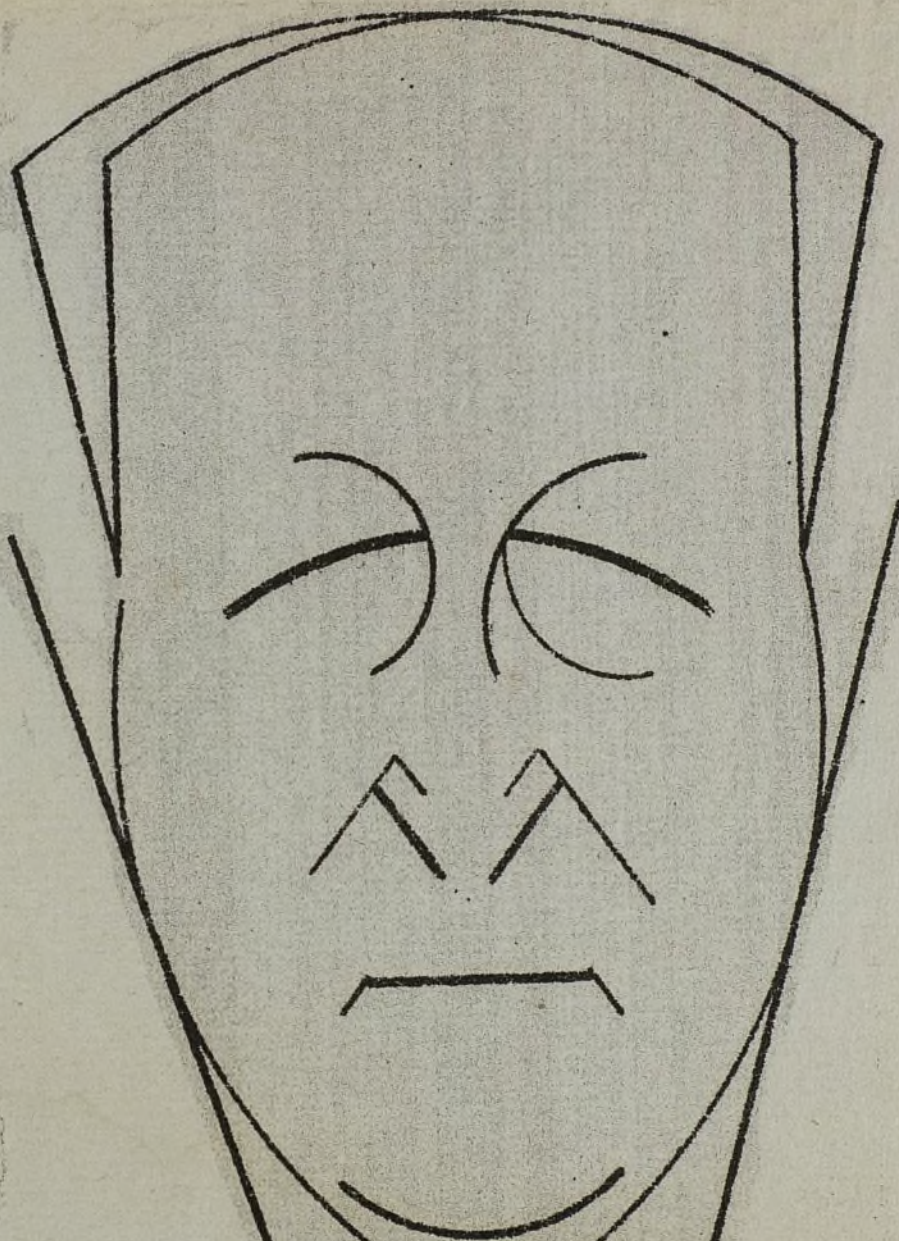
claudicado jamás. Ahora tampoco. Muere luchando. Solo. Y no le podemos ayudar.

Le miramos-y nos mira. Sus ojos se van velando. Y no le podemos ayudar. ¡ Se nos muere...!

¡Y tenemos que caminar...!

EL SOCIALISTA, 23 de marzo de 1946.

-oOo-
.



Rara vez el destino de un pueblo se ha polarizado en un hombre como ahora (1937) el de España en Largo Caballero. Y no es que creamos que la historia la hacen sólo las personalidades eminentes, los héroes de Carlyle. Pero tampoco creemos, como otros, que en historia la personalidad no representa nada o que, en todo caso, la historia produce siempre la personalidad necesaria. Probablemente el problema de la personalidad en la historia se resuelve en un término medio: en la concurrencia de determinadas circunstancias materiales y psíquicas de una sociedad, y de determinadas cualidades de carácter e inteligencia de un hombre.

Luis ARAQUISTAIN

